

Movilizaciones callejeras y conflictos políticos en Tucumán, 1890

María José Navajas*

(Instituto Ravignani – CONICET)

Resumen

El artículo examina un intenso ciclo de movilizaciones que se desarrolló en la ciudad de San Miguel de Tucumán durante los meses posteriores a la renuncia de Juárez Celman. En un período de tiempo muy corto, la fisonomía y el sentido de esos actos públicos evidenciaron matices significativos que expresaron vaivenes importantes del escenario político local. Desde esa perspectiva se vinculan dos instancias claves de la política: aquella que se expresaba en la calle por medio de las movilizaciones y la que transcurría en los salones de gobierno y que se materializaba en las decisiones oficiales. Además, se analizan las características de las manifestaciones callejeras y de sus participantes. Puntualmente se estudian dos agrupaciones políticas –la Unión Cívica de la Juventud y la Unión Cívica de Obreros– y el diario *El Orden*. El relato expresado en dicho diario permite vislumbrar las percepciones compartidas y el repertorio de recursos disponibles para hacer política *en y desde* la calle. En este sentido, pueden advertirse qué formas de acción colectiva eran deseables o posibles y estimarse las expectativas que movilizaban a los sujetos participantes.

Palabras claves: movilizaciones - prensa política - Unión Cívica – Tucumán - agrupaciones políticas

Abstract

This article examines an intense mobilization cycle which took place in the city of San Miguel de Tucumán during the months following Juárez Celman's resignation. In a very short period of time, the appearance and the meaning of these meetings showed significant nuances, expressing the major fluctuations of local political stage. From that perspective, we link two key instances of politics: the expressed on the street through the demonstrations and another in the halls of government, which was materialized in official decisions. It also analyzes the characteristics of street demonstrations and its participants. Specifically, we study two political groups –the Unión Cívica de la Juventud and the Unión Cívica de Obreros– and the newspaper *El Orden*. The discourse expressed by the last one

* Doctora en Historia. Investigadora asistente (Instituto Ravignani - PEHESA - CONICET). Especialista en historia política (segunda mitad del siglo XIX). Entre sus publicaciones recientes encontramos: "Los clubes políticos en Tucumán: discursos, representaciones y prácticas". *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, N° 36, primer semestre de 2009; "Las identidades políticas en la retórica de la prensa tucumana, 1880-1887". *Travesía*, Universidad Nacional de Tucumán, N° 12, 2010, pp. 141-164.; "Un actor incómodo: prensa política en Córdoba y Tucumán a fines de la década de 1870. Discursos, prácticas y representaciones". (en coautoría con Laura Cucchi), *Secuencia*, Instituto Mora, N° 82, enero-abril 2012, pp. 43-71.

allows glimpsing the shared perceptions and the repertoire of resources available to do politics *in* and *from* street. In this sense, we can observe which forms of collective action were desirable or possible, and estimate the expectations that mobilized the subjects involved.

Keywords: Mobilizations - political press - Unión Cívica – Tucumán - political groups.

Presentación

El 6 de Agosto de 1890 Miguel Juárez Celman presentó su renuncia al cargo de presidente y de inmediato el Congreso votó su aceptación. Once días antes había estallado una insurrección liderada por la Unión Cívica que se proponía reconstituir el gobierno “sobre la base de la voluntad nacional” y destruir la “ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado [...] las instituciones de la República”.¹ El anuncio de la dimisión de Juárez y su reemplazo por el vicepresidente Carlos Pellegrini fue considerado una victoria por los rebeldes que ya habían sido derrotados en el campo de batalla por las fuerzas del gobierno. La prensa adpta a la Unión Cívica se ocupó de difundir la noticia del cambio de autoridades en un tono de marcado triunfalismo. Enseguida se llevaron a cabo manifestaciones públicas para celebrar lo que se vislumbraba como la recuperación de la “libertad” de los pueblos de la República.² En Tucumán, el diario *El Orden* proclamó:

*Mañana los pueblos de la Capital y de las provincias serán libres para elegir a sus mandatarios, se consolidará el crédito nacional, y la confianza y la tranquilidad públicas volverán a todos los espíritus, al comercio, a las industrias, y la república Argentina entrará de lleno por las vías de su engrandecimiento futuro.*³

Unos días más tarde en las páginas del mismo periódico se brindaba un relato pormenorizado de un gran mitin realizado en la capital provincial que, sin mayores preparativos, había reunido a más de mil tucumanos y numerosos extranjeros que residían en esa ciudad. Ese acto dio inicio a un ciclo de intensa movilización en la ciudad de San Miguel de Tucumán que mostró alternativas cambiantes. Durante algunos meses se realizaron actividades públicas de diversa magnitud, desde pequeños actos de apoyo a figuras partidarias hasta importantes mítines que reunieron y movilizaron a varios miles. Pero ese ciclo de movilizaciones que se había iniciado con un evento festivo concluyó con un cortejo fúnebre en un contexto signado por los enfrentamientos y la violencia. Así, en un período de tiempo muy corto, la fisonomía y el sentido de las manifestaciones adquirieron matices significativos, expresando vaivenes importantes del escenario político local.

¹ Manifiesto dado por la Junta Revolucionaria, el texto completo en Landenberger, J. y Conte, F. (ed.) (1890) *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*. Buenos Aires: s/e., pp. 189-192.

² Pueden consultarse las reseñas de las distintas celebraciones en Landenberger, J. y Conte, F. *op. cit.*, pp. 263-285. Por lo que allí se publica, sabemos que esos festejos no sólo tuvieron lugar en las capitales provinciales sino también en muchos poblados, especialmente de la provincia de Buenos Aires, pero no hemos localizado ningún trabajo historiográfico en el que se analicen tales manifestaciones.

³ “Victoria ganada, gobierno perdido”, en *El Orden*, 6/8/1890.

En las páginas que siguen nos proponemos analizar de qué manera los cambios que se exteriorizaron en los actos públicos, ocurridos entre principios de agosto y mediados de diciembre, se relacionaron con las contingencias y las decisiones que afrontó la dirigencia tucumana. Para ello se abordan dos temas: por una parte, se revisa la sucesión de manifestaciones y se analizan las circunstancias políticas que en cada caso definieron el escenario de las mismas. A su vez, se presta especial atención a las eventuales incidencias y derivaciones producidas por tales manifestaciones. De esta manera esperamos vincular dos instancias claves de la política: aquella que se expresaba en la calle por medio de las movilizaciones y la que transcurría en los salones de gobierno y que se materializaba en las decisiones oficiales. Hasta ahora en lo que respecta al caso tucumano esas instancias o esferas sólo han sido estudiadas por separado.⁴ La coyuntura de 1890 no sólo ofrece una oportunidad propicia para un análisis conjunto sino que además exige pensar la política como una estrecha interrelación entre las manifestaciones callejeras y los actos de gobierno.

El segundo tema está referido a la fisonomía de los diversos actos callejeros y los actores que allí intervinieron. Además de reseñar las características de las movilizaciones y de sus participantes pretendemos examinar a los distintos protagonistas, dando cuenta de su actuación en el espacio público. Puntualmente estudiaremos dos agrupaciones políticas –la Unión Cívica de la Juventud y la Unión Cívica de Obreros– y el diario *El Orden*. En función del orden narrativo, cada uno de estos actores se abordará por separado, pero no debe perderse de vista que los mismos formaban parte de un entramado de relaciones que dio cuerpo a la Unión Cívica tucumana. Vale decir, tanto el periódico como las agrupaciones mencionadas no constituían sujetos colectivos independientes sino que, por el contrario, eran parte fundamental de un red de vínculos que definieron articulaciones de diversa índole.⁵

En lo que se refiere al diario *El Orden*, conviene mencionar que es el único testimonio disponible de las manifestaciones que analizaremos.⁶ Su vinculación con la Unión Cívica era de una afinidad declarada y por esa razón sus relatos y descripciones de los mítines deben entenderse como un elemento clave de las estrategias partidarias.⁷ Del mismo modo, así considerados tales relatos resultan imprescindibles para acercarnos al universo de las prácticas políticas de finales de siglo XIX. Una lectura atenta de los mismos puede informarnos acerca de las percepciones compartidas y del repertorio de recursos disponibles para hacer política *en y desde* la calle. Adoptando esa perspectiva también podremos advertir qué formas de acción colectiva eran deseables o posibles y estimar qué expectativas movilizaban a los sujetos que participaban de los distintos mítines.⁸

⁴ Para el caso de Buenos Aires esta cuestión ha sido abordada en Sabato, H. (1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana. También, aunque dedicado a un periodo posterior, debe mencionarse la tesis doctoral de Rojkind, I. (2008), *El derecho a protestar. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos*. México DF: El Colegio de México.

⁵ Esto forma parte de una investigación en curso pero no será abordado en este texto.

⁶ Aunque se conoce la existencia de otras publicaciones, el archivo provincial sólo dispone de la colección completa del mencionado periódico y aún no hemos podido localizar ejemplares de los otros diarios políticos (como *Gil Blas* o *El Norte*) que estaban vinculados a grupos adversarios de la Unión Cívica.

⁷ Por supuesto esto no era sólo una característica de *El Orden* sino un rasgo propio de la prensa política decimonónica cuyo *leit motiv* era la polémica y la disputa retórica. Algunos de los estudios recientes sobre prensa política en Jaksic, I. (2002) *The Political Power of Word. Press and Oratory in Nineteenth Century Latin America*. London: Institute of Latin American Studies, y Alonso, P. (comp.) (2003) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

⁸ En relación con estas cuestiones, Tilly, Ch. (1996) "Conclusion: Contention and the Urban Poor in Eighteenth and Nineteenth-Century Latin America", en Arrom, S. y Ortoll, S., *Riots in the Cities: Popular Politics and the Urban Poor in Latin America 1765-1910*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources.

I

El ciclo de movilizaciones iniciado con la renuncia de Juárez Celman definió una coyuntura muy particular del escenario provincial. A diferencia del caso porteño, no era habitual que en Tucumán se realizaran actos públicos fuera de los contextos electorales. Las manifestaciones callejeras que hasta entonces habían protagonizado los tucumanos se relacionaban con los comicios, sobre todo nacionales, siendo su propósito principal el respaldo de candidaturas o la celebración de una victoria electoral. A su vez, si consideramos las circunstancias del escenario político provincial se advierte otro cambio significativo. Desde mediados de 1887 y en virtud de un levantamiento armado, se había producido una ruptura importante en la dirigencia política local y un recambio drástico del elenco gobernante.⁹ A pesar de ese conflicto, que por largo tiempo marcó a fuego la política tucumana, el único indicio perceptible de oposición hasta mediados de 1890 fue el diario *El Orden*.¹⁰ La publicación salía a la venta de lunes a sábado en horario vespertino y dentro de sus 4 páginas se ordenaban los artículos editoriales, la información política local y nacional, noticias provenientes del extranjero y una apreciable cantidad de avisos publicitarios. También se difundía documentación del gobierno provincial y municipal así como resoluciones judiciales. El periódico se había establecido en 1883 alineado con el elenco gobernante pero las alternativas de la política provincial lo ubicaron en la vereda opuesta luego de la rebelión de 1887. Mientras el gobierno era derrotado por los insurrectos, *El Orden* sufrió el empastelamiento de su imprenta. A partir de entonces sostuvo una crítica permanente al nuevo oficialismo local y al gobierno de Juárez Celman, acusándolos de violentar las libertades y derechos establecidos por la constitución y sobre todo de quebrantar las autonomías de los estados provinciales. Dicha crítica se combinó con una prédica insistente contra la “apatía” y la “indiferencia” de los ciudadanos que no reaccionaban ante los abusos de un gobierno señalado como “corrupto” e “inmoral”.¹¹

Esa prédica desde mediados de 1889 fue acompañada con un atento seguimiento a las primeras acciones realizadas en la Capital Federal para organizar a los sectores que cuestionaban al juarismo. Además de las reuniones privadas y tertulias de las que participaban los más connotados referentes de la oposición, se prestó particular atención a todas las actividades promovidas por la juventud porteña y durante varios días se reprodujo la invitación para el mitin del 1º de septiembre en el Jardín Florida. Este tipo de artículos precedían largas exhortaciones de *El Orden* a los disidentes tucumanos para que se organizaran y secundaran el movimiento

⁹ El 12 de junio de 1887 un grupo de juaristas lideró un levantamiento armado que derrocó al entonces gobernador Juan Posse. Enseguida el Congreso nacional sancionó una ley de intervención para la provincia “a objeto de restablecer las autoridades legalmente constituidas”. Pero la gestión del interventor convalidó la destitución de Posse y llamó a elecciones para renovar todos los órganos de gobierno. Los comicios confirmaron el triunfo del bando que se había alzado en armas y cristalizaron una fractura decisiva en la dirigencia política tucumana. Este conflicto ha sido analizado en nuestra tesis doctoral, puntualmente en el capítulo 4. (Navajas, M. J. (2008) *Actores, representaciones, discursos y prácticas: la política en Tucumán, Argentina, 1852-1887*, México DF, El Colegio de México).

¹⁰ A pesar de su significación en el escenario político provincial, no ha merecido estudios puntuales, sólo descripciones generales en obras dedicadas al relevamiento de las publicaciones periódicas. Entre las mismas cabe destacar a García Soriano, M. (1972) *El periodismo tucumano (1817-1900)*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán. Como bien señala el autor, *El Orden* logró “campear todas las coyunturas adversas en una época en que el apoyo del Estado era indispensable para la subsistencia de la prensa” (p. 31).

¹¹ “Se le arrebatan sus derechos, no se incomoda; se le administran sus bienes con poca o ninguna escrupulosidad, no le importa; se le somete bajo una crisis terrible, no se altera [...] Hoy lo que preocupa a los ciudadanos es el mercantilismo, la fortuna adquirida en cualquier forma. Así, poco a poco, se apodera un indiferentismo tan grande por la cosa pública, que raya en el escándalo”. “Indiferencia”, en *El Orden*, 29/11/1889.

que se estaba produciendo en Buenos Aires. Se señalaba que las provincias debían responder a la convocatoria proveniente de la capital porque ese era el camino para lograr la “regeneración” y “salvar a la República de su próxima catástrofe”.¹²

Puntualmente se indicaba que debían establecerse “centros de opinión” para reunir a todos “los elementos de lucha” y poder “uniformar ideas” entre todos aquellos que se oponían al oficialismo imperante. Pero esto no resultaba suficiente, la acción debía llevarse a las calles a través de mítines para confrontar al gobierno y lograr los cambios que se demandaban. Ambos aspectos aparecían íntimamente relacionados en la prédica de *El Orden* y, mientras se otorgaba un espacio privilegiado a las extensas descripciones de las manifestaciones realizadas en Buenos Aires, se publicaban largas editoriales incitando al “pueblo de Tucumán” a intervenir en la vida pública e involucrarse en la iniciativa de la capital:

Ha llegado el momento de luchar: de que las provincias se pongan de pie y resistan con viril entereza los avances brutales de la imposición contra las instituciones y libertades del pueblo argentino. [...]

*Pongámonos a la obra, pues, y organicemos un comité [...]. Hágase una manifestación pública, llevando a su frente a los hombres de mayor representación política y social; levántese al caído, siéntese al débil, y así habremos cumplido nuestra misión de ciudadanos libres, amantes del progreso y de las instituciones de la República.*¹³

Finalmente, días después de haberse realizado el célebre mitin del Frontón en el que quedó constituida la Unión Cívica comenzaron a reunirse en Tucumán, y de manera casi simultánea, varias decenas de jóvenes y de trabajadores urbanos.¹⁴ Al cabo de algunos encuentros quedaron establecidos dos centros políticos: la Unión Cívica de la Juventud y el Comité Unión Cívica de Obreros.¹⁵ De inmediato comenzó una intensa tarea de reclutamiento, sobre todo para sumar adeptos al centro político de obreros y en pocos días se consignaba la adhesión de unos trescientos trabajadores que se sumaron al núcleo inicial de poco más de doscientos.¹⁶ Unas cinco semanas más tarde se constituyó el Comité Central de la Unión Cívica con una mayoría de sujetos que habían integrado el gobierno derrocado en 1887. Estos comités declararon su adhesión a la Unión Cívica de Buenos Aires y en sus actas de instalación esbozaron los propósitos que guiaban a sus miembros. Con absoluta claridad definieron su enfrentamiento con los gobiernos establecidos, declarando

¹² “Notas editoriales”, en *El Orden*, 15/4/1890.

¹³ “Manos a la obra”, en *El Orden*, 21/4/1890.

¹⁴ El 13 de Abril de 1890 se realizó una reunión trascendental en la cancha de pelota del Frontón de Buenos Aires. Allí, en medio de una asamblea multitudinaria, se sancionó la conformación del Comité Central de la Unión Cívica bajo la presidencia de Leandro N. Alem. Luego, en la mayoría de las provincias comenzaron a establecerse centros políticos en adhesión a la Unión Cívica. Además de Tucumán, se organizaron comités en Salta, Corrientes, Entre Ríos, Rosario, Córdoba, Mendoza y San Luis (Landenberg, J. y Conte, F., *op. cit.*, pp. 169-173).

¹⁵ “La Oposición en Tucumán”, en *El Orden*, 30/4/1890. Es interesante anotar que, al igual que en Buenos Aires, los primeros en organizarse fueron los sectores de la juventud antijuarista. A su vez, debemos señalar que varias semanas antes de que se estableciera la agrupación que mencionamos arriba se constituyó en el Colegio Nacional un “centro de estudiantes” que, si bien se presentaba como una asociación literaria, no estuvo ajena a las cuestiones políticas. Una vez terminado el acto de instalación de dicho centro, un grupo de estudiantes salió a la calle “en manifestación vivando [...] a la Unión Cívica de Buenos Aires y hubo también algunos mueras a ciertos y determinados personajes” (*El Orden*, 24/3/1890).

¹⁶ Hasta ahora no hemos encontrado ninguna referencia sobre la organización de centros políticos de trabajadores en las demás provincias; al parecer esto habría sido una particularidad de Tucumán.

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

su compromiso para lograr “el triunfo de la gran causa nacional”, cuyos objetivos primordiales consistían en “restablecer el imperio de las instituciones, de las libertades civiles y la autonomía de los Estados federales”.¹⁷

Pero más allá de las declamaciones iniciales, esas agrupaciones no promovieron en lo inmediato ninguna acción en el espacio público. Esto contrastaba con la prédica de la prensa adepata,¹⁸ que señalaba el deber de pronunciarse públicamente contra el gobierno, instando a la Unión Cívica de la Juventud y al Comité de Obreros a “organizar un meeting popular que levante bien alto su voz y opiniones, sea ya en los teatros o plazas de la ciudad”. Esta iniciativa de la prensa refería a las formas legítimas de intervenir en la vida pública y postulaba la importancia de los mecanismos de interpelación directos de la ciudadanía hacia las autoridades que, aunque no eran habituales en el escenario tucumano, tenían una larga tradición en la política porteña. Además, ese tipo de acción se destacaba como una instancia fundamental para fortalecer la identidad y apuntalar la determinación de las agrupaciones constituidas:

*Contamos ya con dos centros políticos bien organizados, que representan la juventud y el trabajo. Sólo falta hacer una manifestación pública donde podamos vernos todos y saber quiénes son los que afrontan francamente la lucha y cuáles los acobardados o tímidos que con su indiferencia coadyuvan a la humillación de la patria.*¹⁹

Esa enérgica demanda para organizar un acto público de protesta fue trocando en las semanas siguientes en una prédica que legitimaba una eventual acción armada para lograr los cambios pretendidos. Los editoriales de los primeros días de julio señalaban la necesidad de terminar con el gobierno de Juárez Celman en nombre de la República. Para esto la “revolución” se consideraba no sólo como una herramienta legítima sino también inevitable: “la resistencia armada es la actitud que se impone y será un hecho incontrastable”.²⁰

Unas semanas más tarde, el 26 de Julio, se produjo la insurrección, pero el movimiento estuvo acotado a los límites de la ciudad de Buenos Aires y luego de tres días de combates la junta revolucionaria se vio obligada a negociar con los representantes del gobierno.²¹ Aunque la insurrección fue derrotada, esto no implicó el triunfo político del Presidente. Desde el Congreso se le pidió la renuncia a Juárez Celman. Éste había quedado aislado dentro de su partido y fracasó en todos los intentos por buscar nuevos aliados. La

¹⁷ Acta de instalación del Comité Central de la Unión Cívica de Tucumán, en “La oposición de pie”, en *El Orden*, 6/6/1890.

¹⁸ *El Orden* no era estrictamente un periódico partidario, ya que su fundación había precedido en varios años a la de la Unión Cívica y además su funcionamiento no estuvo subordinado a los comités establecidos a partir de 1890. Diferente fue el caso de *El Cívico*, que se instaló en 1891 como órgano de de la Unión Cívica (García Soriano, *op. cit.*, pp. 52-53). El caso de *El Orden* es bastante particular porque desde un principio expresó su simpatía por el movimiento inaugurado por la juventud porteña y, luego de quedar formalmente organizada la Unión Cívica, declaró su adhesión a la misma ofreciendo su “concurso decidido a la acción de la Unión Cívica en todo lo que pueda utilizarlo”. Telegrama de la dirección y redacción de *El Orden* dirigido al presidente de la Unión Cívica, Leandro N. Alem, 18/4/1890 (publicado en la edición del 23/4/1890).

¹⁹ “Hágase un meeting”, en *El Orden*, 30/5/1890.

²⁰ *El Orden*, 4/7/1890. Frente a las posturas que consideraban las insurrecciones como una calamidad, se invertía el argumento señalando que el propio gobierno estaba produciendo una “revolución” en contra de los principios consagrados por la constitución. Cfr. “¿Adónde vamos?”, en *El Orden*, 2/7/1890. Por otra parte, es interesante apuntar que la argumentación acerca del sentido del término “revolución” ocupó un lugar central en los debates de esta etapa. Por ejemplo, un año más tarde, en el ámbito del Senado, Alem realizó un planteo semejante al del redactor del diario *El Orden*. Cfr. Botana, N. y Gallo, E. (1997) *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel, pp. 275-279.

²¹ Durante la madrugada del 26 las fuerzas rebeldes se concentraron en el parque de artillería de la capital federal. En el plan original se preveía la captura de las principales autoridades del gobierno y el control de las estaciones de ferrocarril y telégrafo, pero los rebeldes no lograron concretar esos objetivos y quedaron confinados en su sitio original.

situación se agravó por la agitación que reinaba en las calles y por los rumores de una nueva revolución. En tales circunstancias, el Presidente no tuvo más opción que presentar su dimisión, que fue aprobada por amplia mayoría el 6 de Agosto.²²

II

Casi de inmediato, se realizaron actos en diversos puntos del país.²³ En Tucumán aquellas agrupaciones que se habían establecido para secundar a la Unión Cívica de Buenos Aires organizaron una gran manifestación para festejar la derrota del juarismo. La invitación, difundida por *El Orden* en un boletín extraordinario, se hizo en nombre de los clubes de la juventud y de los obreros y se dirigía en primer lugar a sus miembros, pero se hacía extensiva “al pueblo de Tucumán, extranjeros y argentinos” y a “todos los gremios del comercio y las industrias”. Así, los cambios en el escenario político nacional redefinían el contexto local e impulsaban a los grupos opositores a expresarse en la vía pública, utilizando aquellos recursos que ya se encontraban disponibles de antemano –básicamente los clubes políticos y la prensa– pero que hasta entonces no habían sido utilizados para la movilización callejera.

El mitin se planteaba como una celebración histórica y a la altura de los grandes acontecimientos de la liturgia patria:

La renuncia de Juárez representa el mayor triunfo moral que haya conquistado el pueblo desde las gloriosas jornadas de mayo porque si en 1810 los héroes argentinos supieron obtener su independencia y su libertad, en 1890 hemos sabido rescatar nuestros derechos hollados.

¡Cayó Juárez con todo su séquito de inmoralidades al rudo y certero golpe de la revolución!

[...] *Su renuncia es la dorada luz del sol de mayo que vuelve a iluminar con sus brillantes rayos lo más íntimo de nuestros corazones, que hace renacer las esperanzas, que presenta los bellos horizontes al porvenir de la patria.*²⁴

El carácter de la celebración también debía reflejarse en el aspecto material de la ciudad y, al igual que durante las fiestas cívicas, se convocaba al vecindario a embanderar las fachadas de los edificios e iluminar las calles principales. Además se preveía la participación de la banda de música en la plaza. Como era habitual en todos los centros urbanos, alrededor de la plaza principal se encontraban los edificios más importantes –el Cabildo, la iglesia Catedral, el Banco Nacional, el Club del Progreso– y sólo a media cuadra de allí la imprenta de *El Orden* y el salón en donde se reunían el club de los trabajadores y el club de la juventud. A doscientos metros, en una calle perpendicular, se encontraba la locación de su adversario, *Gil Blas*, que también servía de lugar de encuentro para los juaristas.

La convocatoria para celebrar la renuncia de Juárez Celman indicaba como punto de reunión la casa de un miembro del club de la juventud.²⁵ Allí, según *El Orden*, se reunieron entre mil y mil quinientas personas, la banda de música se ubicó a la cabeza y bajo

²² Las alternativas que se sucedieron durante esos días son narradas por Balestra, J. (1935) *El noventa: una evolución política argentina*. Buenos Aires: Ed. La Facultad. El análisis más reciente y que propone una interesante mirada sobre tales alternativas es Alonso, P. (2000) *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90*. Buenos Aires: Sudamericana, en especial pp. 85-92.

²³ Las reseñas de gran parte de esas manifestaciones puede consultarse en Landenberger, J. y Conte, F. *op. cit.*, pp. 263-286 y 295-336.

²⁴ “Al Pueblo de Tucumán”, en *El Orden*, 8/8/1890.

banderas argentinas se inició la procesión que recorrió varias calles de la ciudad. A medida que se desplazaba, casi de manera espontánea, el contingente de personas iba aumentando y al pasar por ciertos sitios emblemáticos, como el Club del Progreso, se escuchaban gritos de “vivas a la Unión Cívica, al presidente Pellegrini y a las libertades argentinas”.²⁶ Además, dos puntos del recorrido aparecían en el relato como lugares destacados: la casa del exgobernador Juan Posse (derrocado por el levantamiento de 1887) y la imprenta del diario *El Orden*. En la casa de Posse, la manifestación hizo una pausa y se partió en dos: un grupo entró, llenando las habitaciones y los patios de la residencia, y otro grupo, más numeroso, permaneció “aglomerado en la calle y veredas”. Dentro de la casa se pronunciaron los únicos discursos del acto y, luego de “mojar la garganta con una buenas copas de cerveza, la columna se puso en marcha, al son de músicas y de bombas”. Allí otra vez se escucharon los gritos de “vivas” y las “entusiastas aclamaciones”, los nombres pronunciados se multiplicaron: al del presidente Pellegrini, se sumaron los de Mitre, Alem, Roca y Juan Posse.

La mención del expresidente Roca junto con Alem y Mitre es indicativa de la diversidad de sectores que conformaban la Unión Cívica tucumana. Allí se mezclaban muchos hombres que habían sostenido la candidatura de Roca con un grupo de acérrimos mitristas. Por otra parte, la figura de Juan Posse expresaba el punto de ruptura que será establecido como emblema para los cívicos tucumanos. A diferencia de la dirigencia porteña que señalaba el año 1880 como el punto de quiebre de las tradiciones políticas y de aniquilamiento de la autonomía provincial (males que se condensaban en la figura de Roca), en el caso tucumano el levantamiento de 1887 se juzgaba como el momento clave en el relato de las “libertades perdidas”. Los sucesos que siguieron a la acción armada se denunciaban como el quebranto de la soberanía local: el gobierno de Posse había caído defendiendo los derechos de la provincia y sus ciudadanos. A partir de esa derrota, Tucumán había perdido “su libertad, su riqueza y su autonomía federal”.²⁷

Al llegar a la imprenta de *El Orden*, otra vez la multitud “estalló en vivas” aclamando al director y a los redactores del diario, “propagandistas y sostenedores de la causa popular”. Luego, el mitin se disolvió en la plaza principal, frente al Club del Progreso, “sin que hubiese habido un solo muera ni una provocación por parte del pueblo vencedor y generoso con los vencidos”. Los únicos incidentes que contrariaban estas escenas de armoniosa alegría habían sido protagonizados por empleados del gobierno que, encabezados por policías, fueron “a lanzar provocaciones a la manifestación cívica [...] dando vivas a Juárez Celman y mueras a la Unión Cívica”.²⁸

Este tipo de relato referido a las reuniones y manifestaciones protagonizadas por los cívicos contrastaba fuertemente con las descripciones que *El Orden* ofrecía de los actos organizados por el bando oficialista. Allí la concurrencia siempre era escasa y sólo se movilizaba por la obediencia que debía a algún jefe o patrón. Además, se mencionaba que los asistentes estaban alcoholizados y era

²⁵ En la invitación publicada por *El Orden* no se precisaba la ubicación del sitio en cuestión, sólo se mencionaba que era la casa de Gerónimo Palacios, vocal del club Unión Cívica de la Juventud.

²⁶ El mencionado club era uno de los dos centros sociales que funcionaban en ese momento en la ciudad, destinados a las familias de la elite tucumana. Según comenta Vicente Gallo, los enfrentamientos políticos habían llegado a tal extremo que los bandos se habían repartido y, según su filiación partidaria, decidían a cuál de los clubes concurrir. El Club del Progreso agrupaba a las familias vinculadas al gobierno derrocado en 1887, mientras que al Club Social, más antiguo, concurrían los miembros del partido gobernante. Como podría suponerse, “estos centros sociales convertíanse de hecho en comités políticos, a cuyo seno los hombres llevaban, para animarlos, sus pasiones, los comentarios del día, el tema siempre candente e inagotable de la política.” (Gallo, V. (1941) *De la vida cívica argentina*, Buenos Aires: s/e., pp. 9-10).

²⁷ “12 de Junio 87-90”, en *El Orden*, 12/6/1890.

²⁸ “Conciliación”, en *El Orden*, 14/8/1890.

bastante común que se informara sobre agresiones y gritos de “mueras” contra los adversarios. Tales elementos formaban parte de descripciones estereotipadas que se repetían sin mayores variantes pero que desempeñaban un papel fundamental en los debates por la apropiación de la legitimidad y la descalificación del oponente. Esas disputas y las características que las definían constituyen un rasgo propio de la prensa decimonónica y, a su vez, remiten a los lenguajes y representaciones que nutrían la vida política de esa etapa. Diarios y periódicos formaban parte de ese universo discursivo pero también contribuían a moldearlo y modificarlo. Del mismo modo, esto tenía una expresión en el ámbito de las prácticas políticas: la prensa no se limitaba a cumplir una función retórica sino que también actuaba como una herramienta clave para la acción y la producción de hechos materiales y tangibles.²⁹

III

El mitin realizado para celebrar la renuncia de Juárez Celman también expresó una expectativa de cambio en relación con las autoridades provinciales, expectativa que ya había sido enunciada por *El Orden*. Así, la dimisión del presidente y la asunción de Pellegrini debían acompañarse de elecciones en las provincias de manera que “los pueblos” fuesen “libres para elegir a sus mandatarios”. Esa expectativa pronto se convirtió en demanda explícita:

Los gobiernos de provincia no son hoy día organismos constitucionales, son perfectos cacicazgos [...] fuera de la capital de la nación impera en este momento el arbitrario más despótico imaginable.

[...] si cada mandón continúa como hasta aquí, será una mentira la libertad argentina o habrá que conquistarla en las provincias a ejemplo de la Unión Cívica.³⁰

Estos reclamos se acompañaban de protestas por el encarcelamiento de partidarios y por otras medidas represivas que las autoridades provinciales habían instrumentado para preservarse de un eventual levantamiento armado. Entre tales medidas se denunciaba la movilización de contingentes y la instalación de cuadrillas de gendarmes en distintos edificios de la ciudad para controlar la actividad política. Esto motivó un nuevo mitin, esta vez con una programación predeterminada que se difundió a través de las páginas de *El Orden*. El propósito se definía con mucha precisión: “protestar públicamente en nombre de la ley y de los derechos del ciudadano, en contra de las arbitrariedades y actos de fuerza” cometidos por las autoridades provinciales.³¹ Las invitaciones, suscritas por la Unión Cívica de la Juventud, la Unión Cívica de Obreros y un grupo de estudiantes, se dirigían a los miembros de los respectivos centros pero haciendo extensiva la convocatoria a “todos los ciudadanos nacionales y extranjeros”. El comienzo del acto estaba previsto a las tres de

²⁹ Como bien señala Palti, la prensa revelaba una notable “capacidad material para generar hechos políticos [...] sirviendo de base para los diversos intentos de articulación (o desarticulación) de redes políticas” (Palti, E. (2007) *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 192).

³⁰ “Las provincias”, en *El Orden*, 13/8/1890. En la sección editorial del día anterior se planteaba: “¿Es posible la salud de la nación con la gangrena de todos sus miembros? [...] El jefe de una nación no puede llevar al pueblo a la regeneración moral sin la ayuda de los elementos propios a ese fin, y esos elementos son los gobiernos provinciales que hoy podríamos llamar dictadura sin fundamento. [...] El gobierno actual de la provincia sabe que es un miembro muerto de nuestra constitución política, y los miembros engangrenados deben amputarse.” (“Adónde íbamos, adónde vamos”, en *El Orden*, 12/8/1890)

³¹ “El gran meeting de hoy”, en *El Orden*, 28/8/1890.

la tarde en el local del Teatro Belgrano; luego la concurrencia saldría a la calle y haría un recorrido ya estipulado hasta desembocar en la plaza principal, punto donde debía disgregarse. Para garantizar el orden de la multitud se designó a una veintena de jóvenes como “comisarios”, quienes se identificarían con una escarapela.

De acuerdo con el relato de *El Orden*, participaron de ese mitin unos cinco mil manifestantes. Esto representaba al “pueblo entero de Tucumán” que, respondiendo al llamado de la Unión Cívica, había “demostrado su poder” frente al gobierno.³² Como era habitual en estos relatos, se afirmaba que, si bien la manifestación había reunido “un número extraordinario de concurrentes”, no se habían producido desórdenes y la moderación junto con el entusiasmo habían imperado: “ni una palabra imprudente, ni un grito descompuesto, ni una acción que pueda interpretarse provocativa”.³³

La descripción se hizo con absoluto detalle y siguiendo el orden del programa establecido. Se señalaba cómo se había reunido la gente en el teatro y la distribución de los distintos grupos dentro de ese espacio. Así, mientras los “numerosos grupos de artesanos y obreros” ocupaban “todas las localidades y galerías”, los miembros de la comisión directiva de la Unión Cívica y otros “distinguidos y numerosos caballeros” se instalaron en el proscenio del teatro. Desde allí se pronunciaron los discursos y se leyeron las palabras de los miembros de la comisión que no habían podido asistir. El último de los oradores fue Manuel Gorostiaga, un ilustre visitante de la provincia que improvisó algunas palabras “a pedido del pueblo”.³⁴ Al finalizar su arenga, “el inmenso pueblo congregado en el teatro salió a la calle dando vivas entusiastas” a la Unión Cívica, al diario *El Orden* y “su valiente redacción”, a los dirigentes más espectables, como Leandro N. Alem y Aristóbulo del Valle, al presidente Pellegrini y al exgobernador Juan Posse, entre otros. A todos ellos se los señalaba como colaboradores principales del “movimiento regenerador que hoy sacude y conmueve a la República entera”.

Ya en la calle, “el pueblo entusiasta” desbordó a los comisarios que trataban de organizar a los manifestantes. Esto derivó en cierta desorganización de las jerarquías que habían definido al acto dentro del teatro y sólo una parte de la comisión directiva pudo ubicarse a la cabeza de la multitud, mientras que el resto se disgregó en grupos, “confundida con el pueblo”. Sin embargo, esto no alteró el tono del relato que enfatizaba la alegría y el fervor del público, enmarcados por el ruido de las bombas y cohetes y por los acordes de la banda de música. Las calles que comprendían el itinerario estaban embanderadas y adornadas y desde diferentes casas se ofreció a los manifestantes ramos y coronas de flores, arrojados desde balcones, ventanas y azoteas por “numerosas y distinguidas señoritas”. De

³² Según el censo nacional realizado unos años más tarde, la ciudad de San Miguel de Tucumán tenía una población total de 34.305 habitantes. De ese universo, 12.148 eran hombres mayores de 14 años. Es decir, si consideramos que la asistencia a los actos públicos se componía casi en exclusiva de hombres (jóvenes y adultos), debemos pensar que, de acuerdo con el periódico, prácticamente la mitad de los posibles concurrentes habían participado de este mitin (*Segundo Censo de la República Argentina: 1895: población*. (1898). Buenos Aires: Penitenciaría Nacional).

³³ “El gran meeting de ayer”, en *El Orden*, 29/8/1890. Cabe señalar que según las crónicas del propio diario, hubo al menos una manifestación que había sobrepasado el número de asistentes mencionado. Durante la campaña presidencial de 1886, uno de los candidatos, el Dr. Bernardo de Irigoyen, visitó Tucumán como parte de una gira que lo llevó por varias provincias. Entonces, según el relato de *El Orden*, habían participado seis mil personas (cfr. *El Orden*, 19/8/1885).

³⁴ Ya en 1890 el santiagueño Manuel Gorostiaga era una figura relevante de la política nacional. En 1886 había integrado la coalición de los Partidos Unidos para enfrentarse a la candidatura de Juárez Celman y desde 1889 participó de las reuniones políticas de la oposición. Además era un destacado periodista que formaba parte de la redacción de *El Nacional* y presidía la Asociación de Prensa establecida en 1889.

esta manera, sin abandonar el espacio privado del hogar, la figura femenina se hacía presente en las manifestaciones públicas cuyo protagonismo absoluto seguía reservado a los hombres.³⁵

Luego de cumplir con el recorrido establecido, la manifestación se disolvió al pie de la estatua de Belgrano, “siempre en el mayor orden sin proferir una palabra subversiva ni dar un muera a nadie.” Al igual que en la descripción de otros actos públicos, el diario concluía su crónica indicando que “la única nota discordante” habían sido los gritos de “muera” que desde los balcones del cabildo se habían pronunciado contra las personas de Roca, José Posse, Juan Posse y la Unión Cívica. Por otro lado, aunque el mitin concluyó en el punto señalado, *El Orden* daba cuenta de una segunda instancia que si bien transcurrió en el ámbito privado de la casa de los dirigentes adquirió connotación pública a partir de la reseña de la prensa. A semejanza de lo ocurrido en la manifestación de principios de agosto, parte de los manifestantes –“un grupo de distinguidos caballeros”– se dirigió a las casas de José Posse, Próspero García y Servando Viaña. Los dos primeros eran presidentes honorarios de la Unión Cívica y el último tenía el cargo de presidente ejecutivo. Además, José Posse se desempeñaba como redactor en jefe de *El Orden*. Esta labor fue puntualmente destacada por el diario, refiriéndose a su persona como “el valiente y viril periodista que desde las columnas de EL ORDEN fustiga a esta situación de fuerza con su pluma acerada y valiente”.³⁶

A partir de las descripciones de los dos mítines que se realizaron en la ciudad de Tucumán durante el mes de agosto de 1890 podemos advertir ciertos elementos que esbozan una fisonomía particular de los actos callejeros. Por una parte, se distinguen las características propias de un relato que combina y enfatiza la alegría y el orden, el entusiasmo y la moderación. Esto, por supuesto, conforma una imagen estilizada de las manifestaciones y pone de manifiesto los comportamientos deseables y esperables de los sujetos, al tiempo que expresa una jerarquía de valores en la que el orden ocupa un lugar preponderante. En este sentido, también puede advertirse un cierto temor ante la disrupción de ese orden –y la creencia en que eso podía ocurrir ciertamente–, que no sólo se observa en las medidas adoptadas por las autoridades sino incluso en aquellas disposiciones previstas por los mismos organizadores de los actos.³⁷

³⁵ En los mítines realizados durante la campaña presidencial de 1886 pueden advertirse las mismas características de la participación femenina. Las señoritas y damas que arrojaban flores a la multitud eran descritas como un componente decorativo del acto. Aunque se ofrecía un significado político a esa participación, ésta se limitaba a confirmar una acción liderada por hombres. Otros relatos, que describen la vida política desde el ámbito privado de los hogares, confieren un papel más activo a las mujeres. Por ejemplo, en las evocaciones sobre su juventud, Vicente Gallo comentaba: “En esa casa se celebraban a diario numerosas reuniones políticas, cuyo centro animador era mi madre doña Dolores Colombes [...] Mi padre, recto y tranquilo, era poco inclinado a la política cuyas ambiciones nunca lo perturbaron” (Gallo, V. *op. cit.*, p. 14). El caso de Buenos Aires ofrece varios contrastes en este tema. Cfr. Hirsch, L. “Espacios, modos y formas de producción, circulación y socialización de discursos políticos en Buenos Aires durante la crisis política de 1890”, ponencia presentada en el *X Congreso Nacional de Ciencia Política*, Córdoba, 27-30/7/2011.

³⁶ Aquí también se mencionaba la participación femenina a través de “una comisión de nobles matronas y bellas señoritas” que homenajearon al Sr. Posse con coronas y ramos de flores. José Posse era una figura ilustre con una larga trayectoria en la política provincial y regional. Además de ocupar los principales cargos en el gobierno tucumano (en especial durante la década de 1860), ejerció el oficio de periodista en diversas publicaciones locales. Era primo hermano de Juan Posse (gobernador derrocado en junio de 1887). Aquí puede advertirse una parte del entramado de vínculos que mencionamos en la Introducción.

³⁷ Ya se mencionaron las disposiciones adoptadas por los organizadores. En cuanto a las medidas instrumentadas por las autoridades, era habitual que se exigiera un permiso previo por parte de la policía para llevar adelante cualquier acto público. Al respecto, sabemos que había un edicto vigente desde el 01/9/1885 que sería reformado y ampliado a finales de 1890. En el último apartado retomamos este tema.

Por otra parte, en las descripciones ofrecidas por el periódico pueden percibirse los rasgos que definían la ocupación del espacio público: el embanderamiento de casas y edificios, la elección de determinados trayectos y lugares emblemáticos (la imprenta de *El Orden*, la residencia de ciertas figuras políticas y por supuesto la plaza principal como escenario final) y la preeminencia del movimiento y de las aclamaciones por sobre las escenas pasivas y las disertaciones extensas. Finalmente, también resulta notable el papel activo desempeñado por las agrupaciones que reunían a jóvenes y trabajadores, convocando y organizando a sus propios miembros y a los demás asistentes. En el siguiente apartado examinaremos ese tema con mayor detenimiento.

IV

Tanto el club de la juventud como el comité de obreros mostraron un papel muy activo en las dos manifestaciones que hasta aquí revisamos. Es importante mencionar que la participación diferenciada de estos sectores ya registraba antecedentes destacados en la política provincial. Desde fines de la década de 1870, siempre en coyunturas electorales, se habían organizado agrupaciones políticas que congregaron a jóvenes y trabajadores bajo la autoridad de los respectivos comités que nucleaban a la dirigencia de cada partido. En esos comités quedaba concentrado el poder de decisión, sobre todo en lo que se refería a la confección de las listas de candidatos y a los eventuales acuerdos electorales. A pesar de esto, no dejaron de plantearse disidencias y se ensayaron ciertas estrategias de acción autónoma.³⁸

En el decenio siguiente esta participación en las actividades electorales se fortaleció, sobre todo en los meses previos a los comicios presidenciales de 1886, y además se amplió con otras experiencias asociativas como las sociedades de socorros mutuos y los clubes sociales. En el caso de los jóvenes se destaca la Sociedad Sarmiento, que se había establecido como una asociación literaria a mediados de 1882 con el propósito de propender al “mejoramiento moral e intelectual de la juventud”.³⁹ Aunque la actividad principal de esta asociación era la discusión e intercambio de escritos literarios elaborados por sus propios miembros, también se llevaron a cabo emprendimientos más importantes como la organización de una biblioteca pública, la publicación de un semanario y el establecimiento de una escuela nocturna para obreros. Todas estas actividades reforzaron los entramados de sociabilidad que habían dado origen a la Sociedad Sarmiento pero seguramente también generaron nuevos vínculos, nutriendo el capital relacional de todos los integrantes.

En lo que se refiere a los trabajadores, tenemos referencias de varias asociaciones que se organizaron en esos años. Además de las sociedades mutuales que mostraron un crecimiento notable, encontramos un Club Social de Obreros que funcionaba desde 1887. A esto se sumaban las escuelas nocturnas que si bien tuvieron una marcha intermitente, deben de haber sido un espacio importante para

³⁸ Al respecto, Navajas, M. J. (2009) “Los clubes políticos en Tucumán. Discursos, representaciones y prácticas”. *Estudios Sociales* 36, en especial pp. 26-32.

³⁹ Lizondo Borda, M. (1932) *La Sociedad Sarmiento en su cincuentenario 1882-1932*. Tucumán: Miguel Violetto & Cia., p. 37. El grupo fundador se componía de alumnos y egresados de la Escuela Normal de Maestros y el Colegio Nacional, instituciones educativas que se habían establecido en la provincia en 1875 y 1864, respectivamente. Los miembros de la primera comisión directiva de la asociación tenían entre 17 y 22 años. Sobre este tema: Vignoli, M. “El anticipo de una idea de Universidad en la Sociedad Sarmiento, Tucumán 1900-1909”, http://www.archivo.unt.edu.ar/attachments/054_vignoli2.pdf

el afianzamiento de vínculos preexistentes y la conformación de nuevos lazos que incluían tanto a los trabajadores como a aquellos que oficiaban de maestros.⁴⁰

En lo que respecta al contexto de 1890, se advierte desde un primer momento el lugar destacado de los jóvenes en el curso de los sucesos iniciados en Buenos Aires con el mitin del Jardín Florida. Como es sabido, en ese acto se constituyó la Unión Cívica de la Juventud con el propósito de “proclamar con firmeza la resolución de los jóvenes de ejercitar los derechos políticos del ciudadano” y “provocar el despertamiento de la vida cívica nacional”.⁴¹ En esos términos se recortaba la figura de la *juventud* como actor principal que iniciaba un movimiento político y asumía un protagonismo que hasta entonces no había tenido. La prensa opositora respaldó desde un principio ese accionar y se ocupó de nutrir el término *juventud* de un conjunto de sentidos que legitimaban dicho protagonismo. Por ejemplo, unos días después del célebre mitin *El Orden* proclamaba: “La juventud argentina, alejada de la corrupción dominante, se alza en son de protesta contra la iniquidad destructora [...] Las fuerzas vivas de la nación están de pie”.⁴² A través de esas palabras se definía a la juventud como el elemento virtuoso frente a la corrupción que caracterizaba al gobierno y como la fuerza vital que podría reanimar el espíritu cívico de la ciudadanía.

También se inscribía a esa juventud, “siempre pura, siempre entusiasta”, en un relato histórico que la mostraba dispuesta a los sacrificios que fuesen necesarios en nombre de la patria, como ya lo había hecho “en 1810, en Caseros, en el Paraguay” para salvaguardar las libertades y “abolir en América la raza de los tiranos”.⁴³ Desde esta perspectiva, la juventud encarnaba aquellas virtudes republicanas que se oponían a un régimen que, privilegiando el crecimiento económico, relegaba los valores morales y era capaz de reeditar las “tiranías” que habían azotado a los americanos. En concordancia con esas representaciones, la organización de la Unión Cívica de la Juventud tucumana fue saludada por *El Orden* con las siguientes palabras:

Felices los pueblos que en sus horas angustiosas, hollados en sus derechos y libertades, tienen una juventud entusiasta y patriótica, que sabe resistir con varonil entereza las imposiciones humillantes de los que mandan sin ley, sin principios, sin honra y sin patriotismo!

Por esto aplaudimos de veras la actitud de la juventud tucumana, que la vemos erguirse con resolución y sin las cobardes apostasías de otras generaciones viciosas, rendidas a los placeres cortesanos, a la abyección y la inmoralidad

Bienvenida sea al campo de la lucha la juventud tucumana!

⁴⁰ Este es un tema que se ha comenzado a investigar recientemente en Tucumán, aunque, como es sabido, ya tiene un extenso desarrollo en otras historiografías. Agradezco a Vanesa Teitelbaum algunos textos inéditos de su autoría que me ha facilitado, entre otros “El mutualismo en el mundo del trabajo (Tucumán, 1877-1914)”. *Revista Varia*, en prensa. También, aunque para un periodo posterior, puede consultarse Bravo, M. C. y Teitelbaum, V. (2009) “Socialistas y católicos disputando el mundo los trabajadores. Protesta, sociabilidad y política en Tucumán (1895-1910)”. *Entrepasados. Revista de Historia* 35.

⁴¹ Landenberger, J. y Conte, F., *op. cit.*, p. 5.

⁴² “La juventud argentina”, en *El Orden*, 9/9/1889.

⁴³ “El gran meeting”, en *El Orden*, 16/4/1890.

Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890 - 1945

*Bienvenidos sean esos jóvenes, que prefieren los sacrificios de una jornada quizás ruda y siempre fatigosa, a las comodidades de sus hogares y placeres de una vida juvenil!*⁴⁴

No sólo se reiteraban las características ya mencionadas –entusiasmo, patriotismo, coraje, sacrificio– sino que se ponderaba una imagen unitaria de los jóvenes que condensaba a todos los integrantes de la nueva agrupación política. Tal como puede advertirse en la cita, la Unión Cívica de la Juventud no representaba a un conjunto de individuos ni una fracción dentro del universo juvenil provincial sino que se definía como *la* juventud tucumana. Esto por supuesto conllevaba una exclusión implícita para aquellos que no participaban de esa agrupación y eran partidarios del oficialismo imperante. Así, fuera de la Unión Cívica de la Juventud sólo se consignaban “turbas de muchachos” mezclados con personajes ruines y despreciables.⁴⁵

Las mismas representaciones antagónicas y estereotipadas definían las características que se asignaban a los clubes de los trabajadores. En primer lugar, es interesante mencionar las denominaciones que habitualmente adoptaban tales agrupaciones. En la década de 1870, cuando se conformaron las primeras asociaciones políticas específicas para este sector, la única denominación era club de *artesanos*. Ya en el decenio siguiente ese término empezó a alternarse con el de *obreros*, sin desplazarlo por completo. Aunque no disponemos de los elementos suficientes para ahondar en esta cuestión, podemos asegurar que el cambio de vocablo para designar a los trabajadores urbanos no expresó modificaciones significativas en las concepciones que nutrían la retórica de la prensa política. Es decir, tanto el término *obrero* como *artesano* remitían a un mismo imaginario de atributos y cualidades que definían un tipo específico de trabajador y ciudadano que además se consideraba un elemento valioso en esos debates que los periódicos partidarios sostenían con sus eventuales adversarios.

En ese sentido, un aspecto que aparece en reiteradas ocasiones es el que refiere al tipo de participación que esos “obreros” tenían en el mundo del trabajo. Ellos, al igual que los *artesanos* de la década de 1870, simbolizaban al trabajador autónomo, independiente, que no estaba supeditado a la voluntad de un patrón ni debía implorar a los gobernantes de turno por un empleo público.⁴⁶ En este punto también se diferenciaban del peón o del jornalero, siempre caracterizados como sujetos sumisos cuya intervención en la política se enmarcaba en redes clientelares que garantizaban la movilización de contingentes supeditados a la autoridad de jefes y caudillos. De la misma manera, tanto el término *obrero* como *artesano* se mencionaban en los relatos sobre actos heroicos para la salvaguardia de la nación: esos trabajadores también eran los “soldados” que siempre ofrendaban su sangre para

⁴⁴ “Primeras reuniones”, en *El Orden*, 22/4/1890.

⁴⁵ Cfr., por ejemplo, la descripción de una manifestación organizada por el juarismo, en “Los titulados artesanos liberales”, en *El Orden*, 29/8/1890.

⁴⁶ Aunque sólo tenemos datos sobre una fracción mínima de aquellos sujetos que figuraban como miembros de la Unión Cívica de Obreros, vale la pena mencionar las ocupaciones de los mismos: el vicepresidente de la agrupación era sastre, el tesorero era herrero al igual que uno de los vocales; también sabemos que otro tenía el oficio de zapatero. El censo de 1895 englobó tales oficios bajo la denominación de “profesiones industriales”; entonces se contabilizaron para toda la provincia 465 zapateros, 256 herreros y 165 sastres (de un total de 19.843 trabajadores registrados), en tanto que los oficios con mayor número de trabajadores eran los de carpintero y albañil, con 1.223 y 1.114 respectivamente (*Segundo censo de la República Argentina, op. cit.*)

Por otra parte, aunque tenemos varias referencias a estos clubes políticos de artesanos y obreros durante las décadas previas a 1890, no estamos seguros de que se haya mantenido este tipo de agrupación diferenciada en los años siguientes. Si bien durante 1891 funcionaron agrupaciones juveniles de la Unión Cívica y del Partido Liberal, no ocurrió lo mismo con los trabajadores urbanos, al menos no encontramos ninguna asociación política que se autodenominara de *obreros* o *artesanos*.

defender a la patria. Es importante subrayar que esos relatos de lucha y coraje no sólo se referían a la intervención en guerras o levantamientos armados sino también a la participación en las jornadas electorales. Así, al referirse a la Unión Cívica de Obreros, *El Orden* señalaba que estaba integrada por

*ciudadanos independientes como todo hombre que se debe a su propio esfuerzo, sin más vinculaciones que el trabajo y la patria, que no mendiga un puesto o demanda favores, encarna la democracia, la verdadera democracia, y es el elemento popular que mayores respetos merece en las sociedades republicanas: en los comicios o en el campo de batalla es el primero quizá en dar su tributo de sangre a la libertad de los pueblos.*⁴⁷

Junto con tales características se mencionaban las motivaciones “materiales” que explicaban la participación de los obreros en la nueva agrupación política. Según comentaba *El Orden*, la importante cantidad de adhesiones que se había obtenido en muy breve tiempo era consecuencia directa del “anhelo y la excitación que existe en el pueblo para contrarrestar el actual estado de cosas que ha llevado a todos a la *ruina* y reducido al *hambre* y a la *miseria*, [...] para el sostenimiento de una administración funesta”.⁴⁸ Es probable que los efectos de la crisis económica y financiera que afrontaba el país hayan tenido un impacto mayor en los sectores populares y que estas circunstancias impulsaran a muchos trabajadores a sumarse a la Unión Cívica. Sin embargo, es importante advertir que tales cuestiones no fueron enunciadas por los propios actores. Por el contrario, en la adhesión que la Unión Cívica de Obreros le dirigió al presidente del comité central el énfasis estaba puesto en las circunstancias políticas del momento y en los cuestionamientos al gobierno por la transgresión de los preceptos constitucionales:

*Al hacer esta declaración nos guía el deber que tenemos, como ciudadanos argentinos, de secundar la patriótica obra emprendida, a fin de restablecer los gobiernos regulares, el crédito nacional y los derechos constitucionales perdidos; en una palabra, convertir en verdad práctica nuestro sistema institucional, conculcado hoy, de un extremo a otro de la República.*⁴⁹

De esta manera, en clara sintonía con el discurso de la Unión Cívica que interpretaba la crisis económica y financiera como una consecuencia del deterioro de la vida cívica y de las violaciones a las instituciones de la República, la agrupación de trabajadores explicaba su participación bajo la consigna “regeneradora”, es decir, con el propósito de *re*-establecer los derechos constitucionales y *re*staurar la vigencia de los principios del gobierno representativo.

⁴⁷ “La oposición en Tucumán”, en *El Orden*, 30/4/1890. La simbiosis entre la figura del votante y del miliciano era un componente básico del lenguaje republicano decimonónico. Sobre este tema hay varios trabajos recientes, aquí sólo mencionamos dos: Sabato, H. (2003) “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”. *Entrepasados* 23, y Macías, F., “Política, Guardia Nacional y “ciudadanos en armas”. Tucumán, 1862-1868”, en prensa. Sobre los clubes de artesanos en la década de 1870, remitimos a nuestro trabajo ya citado.

⁴⁸ “Club Unión Cívica de Obreros”, en *El Orden*, 30/4/1890. En este artículo se usan de manera indistinta los términos “obreros” y “artesanos”. Además se utiliza la palabra “gremio” para referirse al conjunto de los artesanos. Cursivas nuestras.

⁴⁹ “Unión Cívica de Obreros”, en *El Orden*, 6/5/1890.

V

Junto con el mitin de protesta organizado por la Unión Cívica, el gobernador Silvano Bores recibió la reprobación del ejecutivo nacional por las medidas represivas que había instrumentado. Las negociaciones para lograr su renuncia y acordar el nombre del sucesor, de las cuales participaban activamente el ministro Roca y el presidente Pellegrini, se ventilaban en las páginas de *El Orden*.⁵⁰ Al mismo tiempo se reiteraba la exigencia para que los cambios en los gobiernos provinciales se hicieran de inmediato y de la manera más completa, insinuando que si esto no se realizaba por medios pacíficos habrían de verificarse “catorce batallas” para que cada una de las provincias conquistase lo que ya había logrado la Unión Cívica en la capital.⁵¹

Entretanto, la comisión directiva de la Unión Cívica se disponía a organizar una nueva manifestación pública contra el gobierno a la cual habían comprometido su asistencia algunos representantes del comité central. Ese mitin se anunciaba de manera altisonante, prometiendo que sería imponente y estimando una concurrencia de varios miles de ciudadanos. Este tipo de acto se ubicaba en un lugar importante dentro de un abanico prácticas que “el pueblo” tenía a su disposición para interpelar a sus gobernantes y hacer oír sus exigencias. En ese espectro de acciones *legales*, las manifestaciones aparecían junto con “la diaria protesta escrita” y “la formación de clubs populares”. Pero si bien esos recursos eran preferidos antes que una acción violenta, no se soslayaba la legitimidad de la misma en el caso de que el mandatario insistiera “en entronizarse en el puesto usurpado”.⁵²

El acto no llegó a concretarse. Antes de la fecha prevista para el mismo, Silvano Bores presentó su renuncia ante la Legislatura provincial, que la aceptó de inmediato. Aunque las indicaciones de Roca y Pellegrini no fueron fielmente acatadas, se logró un acuerdo unánime entre los electores y fue nombrado Próspero García como nuevo mandatario. Éste era un antiguo mitrista que había adherido a la Unión Cívica en calidad de presidente honorario. Si bien tenía una importante trayectoria política en la que había alternado los puestos de gobierno con cargos en la justicia federal, desde 1880 había permanecido retirado de la función pública.⁵³

El Orden saludó la elección de García como el triunfo de “la idea regeneradora” y “la más grande esperanza de reparación y desagravio”.⁵⁴ De la misma manera, la designación de dos miembros de la Unión Cívica, Servando Viaña y Martín Berho, como ministros recibió la más completa aprobación. Sin embargo, esto no conllevó un abandono de la prédica a favor de la participación activa de los ciudadanos en la política. Bajo el nuevo gobierno dicha participación adoptó un nuevo propósito: reclamar a las autoridades que

⁵⁰ Una parte importante de estas negociaciones puede seguirse en las cartas que, desde Tucumán, le dirigían a Roca sujetos que pertenecían a las distintas fracciones políticas (Juan y José Posse y Sixto Terán por parte de la Unión Cívica, y Martín Posse y Zenón Santillán por parte del gobierno). Archivo General de la Nación, *Archivo Julio A. Roca, Correspondencia recibida*, legajos 59 y 60.

⁵¹ “Nos libertan o nos libertamos”, en *El Orden*, 4/9/1890. En otro editorial se señalaba que de producirse un cambio por medio de las armas esa “nueva revolución sería santa porque sería la reconquista de las libertades y porque no atacaría sino a los usurpadores del poder y de las riquezas públicas y privadas” (“Revoluciones”, en *El Orden*, 5/9/1890).

⁵² “El meeting”, en *El Orden*, 30/9/1890.

⁵³ Próspero García nació en 1826 en el seno de una familia importante de la elite provincial, estudió leyes en Buenos Aires y allí se graduó como doctor en jurisprudencia. Fue ministro de gobierno bajo el mandato de Marcos Paz (1858-1860) y de José María del Campo (1862), fue electo como diputado nacional en dos ocasiones (1861 y 1878). En 1880 fue destituido por negarse a participar de las sesiones del Congreso cuando éste debió trasladarse a Belgrano por orden del Presidente Avellaneda. Previamente, entre 1863 y 1869 había actuado como juez federal de Santiago del Estero. Cutolo, V. O. (1968-1978) *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*. Buenos Aires: Elche, p.232.

⁵⁴ “Gobernador de Tucumán”, en *El Orden*, 15/10/1890.

instrumentaran medidas contra aquellos señalados como “ladrones públicos”. Desde la prensa se denunciaba que el grupo instalado en el gobierno provincial después del levantamiento de 1887 se había enriquecido de manera ilícita con recursos pertenecientes al estado y en consecuencia debía ser castigado por ese delito. En relación con esto se comentaba acerca del “meeting de la honradez” que se había realizado en Buenos Aires el 19 de octubre. Además, aunque sin precisar la fecha, *El Orden* señalaba que en Tucumán se llevaría a cabo “un imponente acto público” para que se aplicasen las penas correspondientes a todos los involucrados en la malversación de los fondos de la provincia:

El pueblo, cumpliendo un deber cívico [...] se congregará para incitar, pedir la averiguación sumaria de todos los manejos de las dos administraciones pasadas [...]

El civismo tucumano [...] ha comprendido que no basta alejar de las alturas a quienes mancharon sus manos con lo ajeno, sino que es obligatorio dar el lugar que corresponde a los que resultaren culpables. Si estos no pueden devolver lo arrebatado, que vayan a purgar corporalmente sus faltas criminosas [...]

Corresponde a quienes están investidos del poder público, escuchar esa voz poderosa de un pueblo herido, ultrajado y esquilado, que pide medidas severas en nombre del derecho y de la moral mancillada.⁵⁵

A pesar de la contundencia de la prédica, el mentado acto no se llevó a cabo; la atención de los comités de la Unión Cívica estaba concentrada en los preparativos para la inscripción de sus partidarios en el Registro Cívico. La renovación de los padrones electorales era un tema que ya había recibido algunos cuestionamientos antes de la asunción de García como gobernador y en el transcurso de algunas semanas se convirtió en el eje de las demandas de *El Orden*. Aquí el reclamo principal consistía en el recambio completo de aquellos funcionarios que habían sido designados por la administración anterior. Si bien ese reclamo se hacía en nombre de “un radicalismo de principios”, ya que la Unión Cívica no podía ni debía transigir con los “ladrones públicos”,⁵⁶ lo cierto es que el asunto tenía una incidencia directa en la confección de los padrones de votantes. Es decir, el control de ciertos puestos de la burocracia provincial –jefe de policía, comisarios y jueces de paz– resultaba un factor clave por las funciones que los mismos desempeñaban en las distintas instancias de la inscripción. Frente a las exigencias de la Unión Cívica, enunciadas públicamente por la prensa, el gobernador hizo oídos sordos. Su consigna al momento de asumir había sido la de gobernar “con todos y para todos” y la expresó muy claramente en su decisión de mantener el elenco administrativo sin mayores cambios. La resolución de García en este punto le valió el creciente desacuerdo con sus ministros que, luego de una serie de violentos incidentes en las jornadas de inscripción, presentaron la renuncia a sus cargos.

⁵⁵ “Protesta de la honradez”, en *El Orden*, 24/10/1890. Cursivas nuestras.

⁵⁶ “La misma bandera”, en *El Orden*, 17/11/1890.

VI

La movilización del electorado fue la tarea principal de los comités de la Unión Cívica que durante los primeros días de diciembre se reorganizaron y multiplicaron en los distintos puntos de la geografía provincial. La instancia de inscripción en los padrones resultaba clave porque de otra manera no se habilitaba el derecho a voto. Mientras esa movilización se llevaba a cabo, comenzaron a registrarse varios enfrentamientos y episodios virulentos entre los partidarios de las dos fracciones principales en las que estaba dividida la dirigencia política tucumana. Las denuncias aparecían diariamente en la prensa y daban cuenta de múltiples situaciones que se iniciaban con un intercambio de gritos y concluían en golpes y apaleamientos. Según señalaba *El Orden*, la policía mantenía una actitud pasiva que resultaba en una clara desventaja para los cívicos, que habían decidido ir desarmados a los lugares donde se realizaba la inscripción. En pocos días la violencia se intensificó y concluyó con un hombre muerto: Tomás Nieto, miembro del Club Unión Cívica de Obreros.

De acuerdo con un “testigo ocular” cuya carta publicó *El Orden*, el domingo 14 de diciembre, a un par de cuadras de la plaza principal, pasadas las 2 de la tarde, se produjo un enfrentamiento entre un grupo de “jóvenes” que vivaban a la Unión Cívica y “una turba de facinerosos” liderados por Julián Sánchez, que replicaron con gritos de “mueras” a los cívicos y “viva el partido liberal”. Según esta declaración, Nieto y un compañero, viendo la situación de inferioridad de los jóvenes, se involucraron en su defensa; en ese momento Sánchez apareció con un arma y disparó dos tiros que le causaron la muerte. Esta narración de los acontecimientos pretendía refutar la versión publicada por *El Norte* en la que se aseveraba que los cívicos habían sido los provocadores y que, en medio de la confusión del combate, Nieto había resultado herido.⁵⁷

El entierro de la víctima se convirtió en un acto político, presidido por la junta ejecutiva de la Unión Cívica y con la asistencia de un gran número de partidarios. El relato de *El Orden* consignaba un cortejo de más de mil quinientas personas: la “imponente y silenciosa columna” acompañó a pie hasta el cementerio “los restos del primer compañero sacrificado bárbaramente al salvajismo de sus enemigos”.⁵⁸ El cuerpo de Nieto, transportado por los “obreros del trabajo”, iba cubierto con la bandera cívica y con dos coronas de flores remitidas por los comités de la capital. Al igual que en la manifestación realizada para celebrar la renuncia de Juárez Celman, el relato de la prensa destacaba la actitud casi espontánea del “pueblo” que en cada esquina se sumaba a la procesión fúnebre. Pero, al contrario del bullicio y la música que acompañaron los anteriores actos políticos, en éste se destacaba “el más completo silencio”. Las únicas palabras fueron pronunciadas en el cementerio, antes del entierro, por dos partidarios, el presbítero Domingo Díaz y Alberto Lacavera, secretario de la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica.⁵⁹ El discurso de este último fue reproducido íntegramente por *El Orden*. Allí

⁵⁷ “Cómo fue la muerte de Tomás Nieto”, en *El Orden*, 18/12/1890. Según Zenón Santillán, redactor de *El Norte*, Nieto era “un mulato zapatero que agredió en media calle, lejos de la plaza donde era el teatro del bochinche, a un español albañil, que en defensa propia hizo fuego sobre cuatro que lo asaltaban, resultando un herido, que es el que ha muerto.” (Carta de Zenón Santillán a Julio A. Roca, Tucumán, 16/12/1890, en Archivo General de la Nación, *Archivo Julio A. Roca, correspondencia recibida*, legajo 61, carpeta 1289.

⁵⁸ “El entierro de Nieto”, en *El Orden*, 16/12/1890. El cementerio se encontraba a poco más de un kilómetro de la plaza principal. Dado que no tenemos el dato sobre el punto de partida del cortejo, no podemos establecer el recorrido.

⁵⁹ Domingo Díaz era un sacerdote que había demostrado una destacada participación en diferentes actos de la Unión Cívica (por ejemplo, en el mitin del 28 de Agosto, en la organización de comités y en el reclutamiento de partidarios en la parroquia donde era presbítero). A causa de esto había sido reprendido por su Vicario y entre ambos se produjo un intercambio de cartas que fue publicado por *El Orden* bajo el título “El Clero en la política”, 9-

se proponía una lectura estrictamente política del episodio que había concluido con la muerte de Nieto y se responsabilizaba a las autoridades provinciales por el hecho. Lacavera afirmaba que se trataba de un crimen político y que Tomás Nieto –un “ciudadano honrado y trabajador”– había muerto “víctima de sus convicciones”. Las acusaciones contra el gobierno no se disimulaban y adquirirían una gravedad contundente al tomar como antecedente histórico el año 1840, emblema del terror rosista: “Jamás, si se exceptúa el año 40 [...] ha presenciado esta sociedad salvajismo igual al que por lujo de ferocidad se ha desplegado ayer”. Esto suponía un claro contraste con el resto del país, donde se respiraba un “ambiente regenerador” y la justicia comenzaba a primar. Además, se censuraba de manera directa a Próspero García, convertido en “verdugo” de la Unión Cívica, gracias a la cual había llegado a la gobernación. La parte final del discurso enfatizaba que este tipo de episodios no los haría abandonar la lucha ni retroceder en el camino emprendido en bien de la patria, por el contrario

cada víctima inmolada, cada gota de sangre que se haga verter nos dará valor y entusiasmo para luchar por el triunfo de la libertad y de la honradez administrativa [...]

La libertad ha nacido del sacrificio y es planta que necesita de la sangre, como rocío, para fructificar. Luchemos sin descanso y que la tumba de este digno ciudadano nos vincule más si es posible y que su recuerdo imperecedero nos de fuerza para la lucha, inspirándonos en el verdadero patriotismo.

Adiós Nieto, digno y honrado ciudadano, adiós noble y valiente soldado de nuestra causa [...]. Tus amigos te dan su última despedida y sobre tu tumba juran caer como buenos o hacer feliz a la patria por quien te sacrificaron con tanta cobardía como ferocidad.⁶⁰

Los episodios de violencia y la negativa del gobernador de llevar adelante un cambio íntegro en la administración provincial provocaron la renuncia de los ministros Servando Viaña y Martín Berho.⁶¹ Esto suponía, en los hechos, la ruptura del mandatario con los cívicos tucumanos y motivó la resolución de la Junta Ejecutiva de la Unión Cívica de enviar dos delegados para incitar a García a revisar su política y propiciar un acercamiento con los partidarios locales. La llegada de los comisionados fue aprovechada por *El Orden* para denunciar la connivencia del gobernador con los ex juaristas, así como también las irregularidades que se estaban produciendo en las jornadas de inscripción y los hechos de violencia cometidos contra sus partidarios.⁶²

10/9/1890. Su hermano, Fidel Díaz, integraba la redacción de *El Orden*. En cuanto a Alberto Lacavera, además de ser miembro de la junta ejecutiva de la Unión Cívica también era colaborador de *El Orden*. En 1890 sólo tenía 23 años de edad pero ya contaba con experiencia en el mundo asociativo y literario de la provincia como integrante de la Sociedad Sarmiento y partícipe de la revista *Tucumán Literario*.

⁶⁰ “Entierro de Nieto”, en *El Orden*, 16/12/1890.

⁶¹ Servando Viaña, Ministro de Gobierno, renunció el 9 de diciembre, en tanto que Martín Berho, responsable del ministerio de Hacienda e Instrucción Pública, presentó su dimisión el 15 del mismo mes, es decir, un día después del episodio que concluyó con la muerte de Tomás Nieto.

⁶² Durante varios días se publicó un “permanente” en la primera plana del diario en el que se reproducía una lista de integrantes del “Partido Liberal” de 1889 que expresaban su completa adhesión al entonces Presidente Juárez. Con esto quería demostrarse que las personas que rodeaban al gobernador, luego de la renuncia de los ministros, no eran más que antiguos juaristas. Esto importaba una traición de García para con los cívicos (“Informaciones oportunas”, en *El Orden*, 22/12/1890). Unos días más tarde aparecía también una carta de José Posse, publicada originalmente en *El Nacional*, periódico de la capital federal, en la que se denunciaban los acuerdos que había hecho García con los juaristas para obtener sus votos y ser designado gobernador, señalando que varios parientes de aquél eran deudores morosos del Banco Provincial y que dichos acuerdos le garantizaban que las deudas

Sin embargo, la gestión de los comisionados no obtuvo resultados positivos. El Comité Directivo de la Unión Cívica ya había resuelto declarar la abstención electoral argumentando que en virtud de los diversos actos de violencia cometidos contra sus partidarios tomaba esa decisión para evitar “convertir a los comicios en un campo de batalla”.⁶³ Un par de días antes, se publicó un edicto policial que establecía un conjunto de restricciones sobre los actos públicos: además del habitual requerimiento de dar aviso previo a las autoridades policiales, se fijaba un horario límite para la realización de los mismos que incluía también a las reuniones que se llevaran a cabo en los locales de los clubes políticos. A su vez se estipulaban medidas para evitar enfrentamientos callejeros, delimitando la ocupación del espacio público en caso de producirse manifestaciones simultáneas y prohibiendo las provocaciones y amenazas que solían provocar episodios de violencia física. Con respecto a esto último, se insistía en la responsabilidad que les cabía a los agentes policiales de hacer cumplir la disposición con absoluta severidad.⁶⁴

Comentarios finales

Durante la segunda mitad de 1890 se produjo un ciclo de intensa movilización en la ciudad de San Miguel de Tucumán que estuvo estrechamente vinculado a los vaivenes de la política provincial y nacional. El acto que dio inicio a ese ciclo tuvo por motivo principal la celebración de la renuncia de Juárez Celman. Además, significó la primera expresión pública del grupo derrotado tres años antes que, estimulado por los sucesos ocurridos en la capital, buscaba reposicionarse en el escenario político local y confrontar al gobierno encabezado por Silvano Bores. El descalabro del juarismo a nivel nacional tuvo un impacto directo sobre el elenco gobernante tucumano y pocas semanas más tarde se llevó adelante una segunda manifestación en la que el mandatario provincial aparecía como el blanco principal de las protestas. Esas manifestaciones callejeras se complementaban con una arenga sostenida de la prensa opositora que exigía la renuncia de Bores. Con esa consigna comenzó a organizarse un tercer mitin, pero antes de que pudiera concretarse, el gobernador presentó su dimisión y fue electo en su lugar un importante referente de la Unión Cívica, Próspero García. Sin embargo, ese cambio no agotó la prédica de la prensa a favor de las manifestaciones callejeras como herramienta fundamental de interpelación al gobierno. El designio de ese nuevo mitin, que tampoco llegó a realizarse, era el desplazamiento de todos aquellos que, vinculados con el gobernador renunciante, todavía conservaban una posición dentro de la administración provincial. De acuerdo con *El Orden*, debía organizarse una manifestación a semejanza de la celebrada en Buenos Aires contra los “ladrones públicos” y a favor de la “honradez”. Pero en Tucumán la actividad de los comités de la Unión Cívica ya estaba centrada en las tareas relativas a la inscripción en los padrones y con tal propósito se organizaba la movilización de los partidarios cada domingo. En ese contexto se produjo una sucesión de episodios violentos que concluyeron con la muerte de Tomás Nieto, integrante de la Unión Cívica de Obreros. El entierro de Nieto se convirtió en la

no serían ejecutadas. Por esta razón, García había adoptado una política de tolerancia absoluta con sus antiguos adversarios (“De D. José Posse”, en *El Orden*, 26/12/1890).

⁶³ “Manifiesto de la Unión Cívica”, en *El Orden*, 22/12/1890.

⁶⁴ El texto completo del edicto en *El Orden*, 20/12/1890. Un antecedente de este tipo de disposiciones es el edicto promulgado el 01/9/1885 que establecía la pena de 30 días de arresto a todo individuo que en público profiriera gritos provocativos. Además, dictaminaba que cualquier partido o bando político que quisiera hacer una manifestación pública debía dar aviso a la Policía 24 horas antes, bajo pena de \$ 30 nacionales o arresto para los organizadores responsables (*El Orden*, 31/5/1887).

última gran movilización de la etapa post-juarista y fue la expresión palpable de la ruptura de los cívicos con el gobernador Próspero García. Además, en respuesta a la intensa politización de amplios sectores de la población, las autoridades promulgaron un edicto para fijar cotos a las manifestaciones callejeras y preservar el orden público.

Con esas alternativas, entre agosto y diciembre de 1890 se delineó una coyuntura bastante particular en Tucumán. Esta provincia carecía de una tradición de movilización semejante a la de Buenos Aires y los actos callejeros que se registraron durante esos meses marcaron una impronta significativa en el escenario político tucumano. En algunos casos esas manifestaciones resultaban el corolario de acontecimientos de variada índole –la renuncia de Juárez Celman o la muerte de Nieto–; en otros casos se proponían como mecanismos para reclamar medidas puntuales a las autoridades provinciales. Pero siempre suponían un canal de mediación directo entre la ciudadanía y los gobernantes. Aquí el papel de la prensa y el de las agrupaciones políticas resultaba fundamental.

Desde las páginas de *El Orden* se criticaba permanentemente al gobierno y se reclamaba por la apatía de los ciudadanos. Al mismo tiempo, se promocionaban las reuniones y mítines realizados en Buenos Aires y se exhortaba a la dirigencia tucumana a intervenir activamente en política secundando la iniciativa de la Unión Cívica capitalina. Esa intervención debía hacerse a través de dos herramientas complementarias: los clubes políticos y los actos públicos. Esto último se convirtió en un tema fundamental del discurso de la prensa, que postulaba a los mítines como una forma legítima y necesaria de interpelación al gobierno. Al mismo tiempo y a pesar de la insistencia en esa modalidad de participación en la vida pública, no se soslayaba la posibilidad, considerada igualmente legítima, de recurrir a las armas para obtener los cambios pretendidos.

La importancia de la prensa también puede advertirse en el desarrollo de las manifestaciones callejeras. Su lugar en el imaginario político se percibe en las aclamaciones de la concurrencia y en el repertorio de lugares emblemáticos que formaban parte de los trayectos realizados. Del mismo modo, el periódico constituía una pieza principal en la organización previa de los actos –informando sobre los detalles pertinentes y convocando al pueblo– y por supuesto en la construcción simbólica de los mismos a través de las crónicas y los relatos posteriores.

En cuanto a las agrupaciones políticas, queda evidenciada la importancia de los comités de la juventud y de los obreros, cuya participación tenía cierta tradición en la política provincial, aunque siempre asociada a coyunturas electorales. A su vez, tanto los jóvenes como los trabajadores eran sectores de la sociedad tucumana que ya contaban con experiencias asociativas previas no sólo en el ámbito político sino también en el social y cultural. Si bien en estos últimos casos no se trataba de agrupaciones que propiciaran expresiones en el espacio público, seguramente aportaron un entramado de vínculos y relaciones fundamentales para el ciclo de movilizaciones de 1890.